

AMAUTA



6

ANO II

LIMA, FEBRERO DE 1927

PORTADA DE JOSE BASOVAL

RACIONALISMO Y REVOLUCION

POR ANTENOR ORREGO



S U M A R I O

RACIONALISMO Y REVOLUCION, por Antenor Orrego.—VOCES DE ALERTA. FRENTE AL IMPERIALISMO YANQUI, por Dora Mayer de Zulen.—CUENTOS DE LA CABALLERIA ROJA. LA SAL, por J. Babel.—PEQUEÑA RETORICA PERSONAL, por Alberto Hidalgo.—¿QUE HACE NUESTRA UNIVERSIDAD POR LA INVESTIGACION CIENTIFICA?, por el Dr. Luis E. Galván.—AGOSTO, por Nicanor A. de la Fuente.—JOSE SABOGAL, por José Carlos Mariátegui. (Nota con ilustraciones de su obra).—FAVILA, por José M. Eguren.—ORILLA, por Armando Bazán.—EUCALIPTOS Y PUERTA SINFONICA, por Juan José Lora. — LOS TESTS PSICOLOGICOS Y LA NUEVA EDUCACION. LA CONTROVERSIA ENTRE ARISTOCRATAS Y DEMOCRATAS DE LA INTELIGENCIA, por Carlos A. Velásquez.—NO SE HA HECHO NADA Y NO HAY UN HOMBRE, por Xavier Abril.—LA HORA DE LAS ATALAYAS, SIGNUS y EN AQUEL DULCE IMPERIO, por Alcides Spelucín.—EL GAMONAL (conclusión), por Gamaliel Churata.—EL ANDE, por J. Eulogio Garrido.—ATADO A MIS MANOS, por Jacobo Hurwitz.—AZAHARES, por Alberto Guillén.—POLIRRITMO DE LA MUJER VEIETAL y EL CAPITAN SLUKIN, por Juan Parra del Riego.—NOCTURNO Y MAÑANA, por Blanca Luz Brum de Parra del Riego.—EXPERIENCIAS SOCIALES. EL CONFLICTO MINERO (conclusión), por César Falcón.—NOTA POLEMICA de José Carlos Mariátegui.—POEMA XIV, por Guillermo Mercado.—CENO, por Edil. Zuleta de Aliaga.—LA HORA DE AMERICA, por Felix del Valle.—CALENDARIO, por Rubén Azócar.—EL POEMA DEL MAESTRO, por C. Alberto Espinoza Bravo.—LA FIESTA DE LA PLANTA. (Con ilustraciones).—EL CONCURSO DE VANGUARDIA. Fallo del jurado.—NOTICIAS.—DIBUJOS de Essquerriloff, Quíspes Asín, Emilio Pettoruti, Bonilla del Valle.

EL PROCESO DEL GAMONALISMO.—Boletín de Defensa Indígena.—GRUPO "RESURGIMIENTO". Manifiesto sobre la situación de los indios en el Cuzco.—DEFENSA INDIGENA.

LIBROS Y REVISTAS.—Interviews de "Libros y Revistas". CON LUIS E. VALCARCEL, por Carlos Manuel Cox.—CRONICA DE LIBROS. Notas críticas de Armando Bazán, Alberto Guillén, Seraffin del Mar y Horacio Masis.

Lo que mejor denuncia al pensador nato no es tanto su facilidad para moverse entre categorías puras que, a la postre, es sólo gimnasia lógica, sino esa su capacidad para ascender de la circunstancia o anécdota cotidiana hacia la categoría especulativa. Es decir, esa facultad casi divina de arrancar al pensamiento de la sucesión cronológica, del acontecer, del tiempo en una palabra.

Este es, precisamente, el espíritu socrático, juego ágil de la mente que descubre en las cosas vulgares su unidad última, su ritmo secreto, sus valoraciones eternas, en conformación universal.

Crear pensamiento no es construir sistemas sutiles, desplazados de toda palpación cósmica, sino descubrir las categorías inéditas que nos revelan las esencias de las cosas y de los sucesos; colonizar para el conocimiento zonas inexploradas de la sabiduría en estado de *res nullius*.

Esta atenta curiosidad de la mente, a la que antes aludimos, es la sabia posición socrática frente a la vida y el universo. No es la razón pura y deshumanizada que se alza como conductora de la vida; es la realidad fluyente categorizada que busca razones nuevas para expresarse y plasmarse como superación vital.

Creo que la docencia académica y universitaria nos ha dado un Sócrates falsificado y subvertido. El héroe de la cicuta no murió racionalizando la vida, sino vitalizando la razón, que es radicalmente distinto. El hombre que cercano ya de la muerte se ocupa de aprender en la flauta una melodía nueva para morir sabiéndola, no puede ser el esclavo de la razón sino su soberano.

La razón racionante nos lleva a la utopía, o lo que es lo mismo, a la esterilidad o a la locura. La razón vitalizada que tiene sus raíces en la fluencia de la realidad nos lleva a la fé, es decir, a la heroicidad porque conforta nuestra esperanza.

La razón pura florece mejor en el manicomio porque el loco está desprendido de toda realidad vital, porque su cerebro no reacciona sobre la objetividad ambiente, porque su razón es la máxima agravación de una subjetividad cerrada, porque es impermeable a todo estímulo objetivo. Sócrates no fué un alienado que almenó su razón en una subjetividad indeclinable y señera; fué el héroe típico del pensamiento que supo darse prodigamente al mundo y que buscaba en su cerebro y en su corazón la percusión incesante y fecunda de su contorno. Por este camino llegó a la pulsación plena de su propia intimidad y, sobre todo, a la sellada intimidad de los demás, esto es, del hombre.

Conviene por higiene mental lograr esta distinción con toda claridad posible. Cuando se llega a élla ya no se confunde tanta marquetaría razonante,—que sólo ha servido y sirve para nutrir las listas bibliográficas, de la filosofía sistemática,—con el pensamiento auténtico que sirve a los designios perennes de la vida.

Hay una cierta voluptuosidad del pensamiento por el pensamiento mismo que no le importa gran cosa la verdad y, por lo tanto, la sabiduría. Esta voluptuosidad suele darse en épocas esencialmente racionalistas en que el hombre se embriaga con el maravilloso juego de las ideas puras, con el primer deportivo del ejercicio dialéctico. Mera destreza o virtuosismo lógicos. Esta posición, por muy desinteresada y alta que sea, es siempre una voluptuosidad, un sentido hedonístico de goce que no es otra cosa que egoísmo negativo y vano de la inteligencia.

VOGES DE ALERTA**FRENTE AL IMPERIALISMO YANQUI**

POR DORA MAYER DE ZULEN

Solo en raros casos extremos habla la diplomacia como hablaría el pueblo; la cortesía, la prudencia, la sagacidad la aconsejan a no ser en sus expresiones tan franca, rotunda y radical.

Es así que podemos dejar en duda si en el Memorandum del Sr. Rada y Gamio a Mr. Kellogg, del 12 de Enero de 1927, haya encontrado el sentir del Perú una interpretación vigorosa y llena, tal como debiera hallarla finalmente en una respuesta definitiva y concluyente al Arbitro de 1922.

Yo creo haber puesto la mano sobre el corazón del Perú y creo haber auscultado su latido.

Concebí que ningún pleito sería susceptible de terminar en que los litigantes no quisiesen abandonar los dos extremos opuestos en que se habían colocado y avanzar hacia el medio en que fuese posible que se dieran la mano. En tal entender no hallé mal considerar el factor conciliador que se ofreciera con el deseo de Bolivia de salir al mar y convertir en ofrenda de fraternidad sudamericanista la pelagrosa manzana de la discordia que tenemos en Arica.

Emitiendo esta opinión públicamente logré cerciorarme de la psicología del ambiente. Mi primer artículo en "La Tradición" obtuvo una vehemente refutación; mis amigos no se declararon convencidos con mis teorías; mi pequeño drama "Tacna y Arica. El Juez", no gozó de una acogida como habría recibido si hubiese sido una furiosa embestida contra los chilenos o un himno a la justicia wilsoniana.

Lo recto, lo consecuente con el único fuerte ideal común que ha abrigado la nación peruana durante casi medio siglo, sería en verdad mantenerse fiel a la vieja esperanza: *la devolución de Tacna y Arica al Perú*, y por eso me he inclinado reverente ante el sentir que repondió a los argumentos que nacieron de mi percepción de la parte práctica de

la vida, que entraña principios tan imprescindibles como los relacionados con la *conservación de la existencia*.

Siempre he sido idealista. No podría divorciarme de la idea de la Nación sobre un punto que envolviera un ideal con el cual en el fondo tendría que estar de acuerdo. Si la Nación dice: "nada menos que Tacna y Arica peruanos; nada menos que la justicia por la cual hemos luchado durante cuarentaitres años, yo estoy con ella."

Pero exijo y quiero que la Nación se pare firme en esa noble y alta declaración de su íntimo y profundo sentimiento y abomino de que caiga, después de sus elevadas intransigencias y sus severas protestas, en una debilitante ambigüedad.

Desgraciadamente he podido comprobar también la existencia de una fracción de opinión en el público a cuyo concepto responde la parte ambigua del Memorandum Peruano. Hay personas en nuestra población que dicen "antes que los chileros, los norte-americanos". Hay personas que desearían vergarse de Chile, quitándole la presa y poniéndola en un lugar tan seguro que por mucho tiempo no podría ser recuperada por nadie, ni por Chile, ni por el Perú. Al mismo tiempo, un lado de la opinión se dirige contra Bolivia, que nos abarcaró en la Guerra del Pacífico. ¿Merece Bolivia que le hagamos un favor? ¡Nó! El rencor y la venganza nos echan en brazos de Estados Unidos, nuestro avariento protector. Qué nos importa la avaricia de Estados Unidos; todavía no le tenemos odio y rencor a esta República, porque todavía no hemos entendido que su imperialismo es el imperialismo de Chile centuplicado y la traición de Bolivia decuplicada.

"Antes que los chilenos, los norte-americanos" que venga la internacionalización o neutralización, aunque comprendamos qué maniobra se esconde bajo estas palabras".

La escolástica fué, en cierto respecto, esta voluptuosidad. Esta habilidad dialéctica consumada fué la subversión de la razón contra los sagrados imperativos de la vida. El pensamiento perdió su función vital para convertirse en opresor y deformador del espíritu. La escolástica es el pensamiento deshumanizado que ha perdido el sentido de su límite vital y que se ha disparado fuera de su contorno ambiental, donde residen todas sus posibilidades humanas. Dejó de ser un simple instrumento de la vida para convertirse en su tirano. El medio o vehículo pretendió trocarse en un fin en si mismo.

La vida no se transforma desplazándose hacia la pura racionalidad que sólo crea entelequias muertas. La vida se transforma y asciende categorizando las realidades palpitantes.

Categorizar no es deshumanizar arrancando al hombre de la atmósfera vital donde respira. Categorizar es eliminar la escurraja del hecho efímero y alcanzar la posibilidad humana de una perfección nueva sin deformar la auténtica e inalienable efigie del hombre.

Un esclarecido pensador español vé el ocaso de las revoluciones en la ausencia de un pensamiento racional. La racionalidad pura no es revolucionaria, es utópica y estéril. Las revoluciones no son tales por su pura racionalidad, lo son por su fuerza vitalizante y renovadora.

Declarar la caducidad de las revoluciones es declarar para siempre la caducidad de la historia y del hombre como criatura ascendente. Nada revela más la fatiga espiritual de Europa que este pensamiento que empareja o hermana la pura racionalidad con la revolución.

Sólo un cerebro estrictamente lógico, producto de una cultura exhausta, desprovista de intuición vital e incapaz de desinteresada observación directa de la historia puede llegar a semejante conclusión negativa.

La pura racionalidad no es revolucionaria, es conservadora, extática y reaccionaria, porque exige de la vida un imposible, es decir, una deshumanización, una dislocación epiléptica, una deformación monstruosa. No hay mayor enemigo de la revolución que la utopía. Los más grandes revolucionarios fueron siempre mentes lúcidas, hombres que han estado con los pies bien plantados en la realidad de su época, espíritus profundamente prácticos de un eficaz y penetrante sentido político.

Esta posición negativa de muchas mentes europeas, denuncia a las claras el colapso en que ha caído Europa, que se siente cumplida y realizada ya, como si se hubiera cerrado definitivamente el ciclo de su destino, sin porvenir ni esperanza posibles. Algo tiene que hacer Spengler en ello. Es el alma desencantada de la Europa post-bélica, de que tanto nos habla; y desencantada, nó por exceso de pensamiento vitalizante, sino por exceso de racionalidad pura y enteléquica.

La revolución no abstrae ni pasma las perfecciones nuevas sino que las vive, las incorpora y las mediatiza en el porvenir, las luchas y las conquistas. La razón para no extraviarse ni extraviar al hombre debe incorporarse en una recia encarnadura humana. Fuera de ella se desvitaliza y desvitaliza la realidad. Debe criarse en el ánimo del hombre y en el hálito del mundo. Debe ser, ante todo, *historia humana* y no desglose o violencia frenética de la vida

CUENTOS DE LA GABALLERIA ROJA

L A S A L

POR J. BABEL

CONTINUAMOS CON ESTE CUENTO DE BABEL, TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA "AMAUTA", LA LABOR DE DIVULGACIÓN DE LA NUEVA LITERATURA RUSA, INAUGURADA EN UNO DE NUESTROS NÚMEROS ANTERIORES CON LA PUBLICACIÓN DE UN ESTUDIO CRÍTICO DE ILYA EHRENBURG Y DE UNA NOVELA CORTA DE BORIS PILNIAK. BABEL OCUPA PUESTO PRINCIPAL EN LA LITERATURA DE LA RUSIA SOVIETISTA. DOS LIBROS, "CUENTOS DE ODESSA" Y "EL EJÉRCITO DE CABALLERÍA", LO HAN COLocado ENTRE LOS MEJORES NOVELISTAS JÓVENES. EPICO, REALISTA, BABEL NOS DA, EN SU OBRA, CUADROS SIMPLES Y FUERTES, DE UN VIGOR Y UNA EMOCIÓN EXTRAORDINARIOS, DE LAS JORNADAS DE LA GUERRA CIVIL.

Querido compañero redactor: Quiero describirte a ciertas mujeres inconscientes que son dañosas para nuestra causa. Supongo que vosotros, recorriendo el frente civil, del cual habéis tomado nota, no habréis dejado de conocer la antigua estación de Fastov que se encuentra muy lejos, en cierto Estado, en un lugar desconocido. Yo, naturalmente he estado ahí y he tomado la cerveza casera; he mojado en ella los bigotes, pero en la boca no ha quedado nada. De esta

estación hay muchas cosas que narrar. Pero, como se dice en nuestro ambiente primitivo, no se puede transportar toda la suciedad de los señores. Por esto te describiré solamente lo que han visto mis propios ojos.

Hace siete días, era una bella y tranquila noche cuando nuestro emérito tren de la división de caballería, se detuvo en Fastov cargado de soldados. Todos nosotros ardíamos del deseo de contribuir a la causa común y nos dirigíamos a Berdichev. Notamos de pronto que nuestro tren no se preparaba a partir, que nuestro Gaveilka no bromeaba y los soldados comenzaban a dudar hablando entre ellos: ¿de quién dependía la parada? Y realmente la parada fue enorme porque los portadores de sacos, estos enemigos perversos, en medio de los cuales se encontraban muchísimos del sexo femenino, obraban del modo más descarado con las autoridades ferroviarias. Sin ningún miedo se aferraban a las manecillas de los vagones, corrían sobre los techos de fierro, molestaban, importunaban. Cada uno llevaba el acostumbrado saco de sal con un peso a veces de cinco puds. Pero no duró mucho tiempo el triunfo del capital de estos contrabandistas. La iniciativa de los mismos soldados de los vagones dió posibilidad a la ultrajada autoridad de los ferroviarios para respirar libremente. Quedaron solo las mujeres con sus atados. Los soldados tuvieron piedad de ellas y permitieran a algunas entrar en el carro del ganado,

No niego que el gobierno, al seguir una política semejante, esté de acuerdo con cierta porción del pueblo, cuyo patriotismo se declararía halagado con la mencionada especie de revancha, mientras que otra porción se inclina a deleitarse con la visión de futuras guerras, una vez que el Perú, rehecho y enriquecido, haya dado nuevo impulso a sus armas.

Aquí tiro la raya, sin tachar ni incriminar a nadie por los conceptos distintos de patriotismo que pudiera haber con toda legalidad y honradez.

Yo acepto la frase "*Nada menos que Tacna y Arica peruanos.*" Yo volveré a hacerla mía como lo era en mis días de menor experiencia. Yo la respetaré como el grito de la juventud nacional, sacudida de bríos para edificar un porvenir.

Pero protesto una y mil veces, con toda la energía de mi corazón, amante del Perú desde que he tenido uso de conciencia, contra la frase "*antes que los chilenos, los norte-americanos.*"

No; no, y no. Con profunda convicción, con clarovidencia natural digo, y sé que lo dirán conmigo muchos hombres ponderativos del Perú: "*antes que los norteamericanos, los sud-americanos.*"

Nosotros podremos absorber con el tiempo, de una manera u otra, las dificultades con nuestras pequeñas vecinas, pero demasiado largo tendríamos que beber si quisiéramos vaciar el cáliz que nos administrara el advenido del Norte a las playas del Pacífico Meridional.

No; el que consiente en que Tacna y Arica sean internacionalizadas o neutralizadas, no insiste en que vuelvan a ser peruanas, y el que transige en esta forma, bien podría haber transigido también en otra quizá menos fatal.

Repito una cita que hice en "La Tradición" del 7 de Enero: "El protectorado es el primer y disimulado avance que dan las potencias hábiles hacia el apropiarse de los pueblos pequeños y confiados."

La carta del americanista argentino Ernesto Quesada, ha abierto ya los ojos a los lectores de "AMAUTA" respecto

a los añejos designios de Estados Unidos de Norte América. La Gran República, los *Estados Unidos de América*, quieren bajar al sur, pasando sobre México, Nicaragua y Panamá, a establecer la base naval en Arica, donde situación y clima se prestan a introducir una neta colonia yanqui, piedra fundamental de vastas operaciones en nuestro Continente.

Cuando el separatismo loretano haya puesto más tarde el Amazonas también en manos norte-americanas, y allá el clima y el género de las labores no permita que los yanquis labren con propias manos su fortuna, entonces hasta los mestizos, y no ya solamente los indígenas reconocerán que el alabado hombre blanco será siempre un Pizarro o un Cortés para quienes llevan en las venas sangre de Atahualpa o Montezuma.

El honor tal como lo estatuye la opinión reinante, absolutamente no quedaría salvado con la transacción de internacionalizar o neutralizar el territorio de Tacna y Arica. ¿Existe una bandera internacional que suplantaría con ventaja la bandera peruana en el Morro, o estaría de acuerdo con las expectativas hidalgamente sostenidas por una mayoría del pueblo peruano, el que ésta sea suplantada por cualquiera enseña que fuese? Una cosa u otra: o el honor nacional se menoscaba con una transacción, o no se menoscaba; y si no se menoscaba, caen por tierra las objeciones o sugerencias de arreglo que mejor miran por la independencia y dignificación de la raza indo-hispana ante la raza sajona de América.

¡Oh, la gloria del Morro con el faro hecho por la Foundation; oh, la gloria de ese Morro desarmado, por el entusiasmo pacifista de Kellogg, mientras que Norte América se arma hasta los dientes! ¡Gracias por el homenaje que el Tío Sam ideó en pro nuestro, gracias como las que dimos por la ofrenda de la corona!

¡Ahora sí que pido un Canciller de Hierro que sepa enseñar a Kellogg el mismo gesto que se enseñó a Echenique y que sepa negar a la cancillería de Washington lo que niega a la cancillería de La Paz!

EXPERIENCIAS SOCIALES

EL CONFLICTO MINERO

POR CESAR FALOON

(CONCLUSION, VEASE EL NÚMERO ANTERIOR)

LA NACIONALIZACIÓN INEVITABLE.

Hoy, despues de dos años de conflicto, la crisis continúa en el mismo estado. Porque la crisis verdadera consiste en la inadaptabilidad de la organización minera para cumplir sus funciones actuales. Mientras la minería no se transforme en un verdadero servicio público no podrá satisfacer eficientemente las necesidades industriales del país y resolver para siempre su crisis interna.

Esta es a todas vistas la única solución definitiva. Basta ver cuánto le han costado al país los siete meses de paro para advertir cómo la crisis minera no es un caso industrial, sino un problema nacional. El paro le cuesta a Inglaterra la pérdida de ciento cuarenta millones de días de trabajo y de sesenta millones de libras en salarios, seiscientos mil desocupados más en las otras industrias, once millones de libras en socorros a los desocupados, cinco millones ochocientas mil libras en auxilios a las familias mineras y más de trescientos millones de libras en daños sufridos por el comercio en general.

Cuando una industria puede causar con la suspensión de su funcionamiento perjuicios tan enormes y tan generales, su funcionamiento se convierte en necesidad pública. Este es el caso de las minas británicas. Son un factor indispensable en la vida y el progreso nacional y no pueden, por tanto, estar sujetas a las contingencias de los intereses, las doctrinas y las conveniencias particulares. Así como Inglaterra no puede dejarle a nadie la propiedad de las aguas de sus ríos o de los puentes o del servicio de correos, tampoco puede dejar hoy,—y mucho menos lo podrá mañana,—a la propiedad privada, el manejo de un factor tan esencial para su vida como la minería. Tan esencial, si no más, como las aguas de los ríos, los puentes y los correos.

Por esto, la única manera de resolver eficazmente la crisis minera es la nacionalización de las minas. Ninguna otra medida la resolvería con tanta eficacia. Desde luego, aquí se habla de la nacionalización solo con referencia al problema específico de las minas británicas. Hablar contra ella porque es una proposición socialista es tan tonto como proponerla por la misma razón. Inglaterra no es ni ha sido nunca una comunidad socialista y, sin embargo, las calles están socializadas y en varias de sus ciudades están municipalizados la luz eléctrica, el agua y los tranvías. Las minas han llegado a ser una cosa de necesidad tan pública como las calles.

OBSTÁCULOS PARA LA NACIONALIZACIÓN

Pero la nacionalización de las minas, aún después de haberse comprobado claramente su indispensabilidad, no es una cosa fácil de hacer. Las calles fueron socializadas desde el primer momento, las ha hecho el pueblo, no han estado nunca en manos de particulares y todo el mundo tiene la costumbre atávica de miraras, respetarlas y administrarlas como una propiedad comunal. Las minas, en cambio, se han hecho por iniciativa, con el trabajo y el capital de particulares. Jamás han dejado de pertenecer a la propiedad privada y hasta hoy no ha habido un motivo suficiente para convertirlas en propiedad pública.

Esto es, a mi juicio, el obstáculo más serio para la nacionalización. Todos los demás no tienen relativamente importancia. En el instante de nacionalizar las minas, los téc-

nicos del Estado o los particulares pueden organizar el proyecto en dos semanas y en menos tiempo aún encontraría el Estado el dinero necesario para incautarse de ellas.

Pero la modificación del sentimiento público es un proyecto mucho más difícil de formular y realizar. Los "leaders" mineros no han logrado todavía presentarlo acertadamente. Ya se han dicho las razones por las cuales no han acertado. Mas siempre es un ejemplo apto, por que son los hombres más cerca de las minas y los más interesados en plan-tear bien el caso. La idea precisa saldrá, claro es, si no de ellos, de alguien. El problema está allí latente y no puede quedarse así toda la vida.

El pueblo inglés necesita convencerse, esto es, ver la necesidad de nacionalizar las minas para cumplir con ellas dos fines primordiales: abastecer eficientemente de combustible a la industria británica y pagarle altos salarios a los mineros. Nada más. Lo demás debe estar subordinado a estas dos exigencias. Tal vez el Estado, cuando se haya apoderado de las minas, para satisfacer aquellas obligaciones, pierda dinero y le imponga a los contribuyentes la carga de sostener a los mineros. Pero esto es precisamente lo conveniente para el país.

Antes y durante el conflicto, y ahora mismo, la clientela patronal esgrime triunfadora el argumento: los mineros no tienen derecho a vivir a expensas de los contribuyentes. Lo han dicho y lo dicen para evitar nuevas subvencio-



Joseph Vissarionovich Stalin, líder del partido bolchevique

nes a la industria. El argumento, sin embargo, es perfectamente falaz. Si los contribuyentes sostienen los altos salarios de los mineros, no les hacen a estos ningún favor, sino se lo hacen a ellos mismos. En primer lugar: los altos salarios de los mineros significan mayor consumo y, consecuentemente, utilidad para el conjunto de los contribuyentes; en segundo lugar: si los mineros no desempeñan, pagados y controlados por la comunidad, una función social, pueden, en uso de su derecho, recurrir a la huelga cuando les venga en gana o cuando la crean útil para defender sus aspiraciones y, en consecuencia, infligirles una pérdida formidable a los contribuyentes; y, en tercer lugar, si el carbón ha llegado a ser una necesidad nacional, el Estado debe hacer de la minería un servicio público, como el de correos y pagarlo sin tener en cuenta el negocio, sino la utilidad.

La prueba de la falacia del argumento la tenemos hoy en números. Los contribuyentes han perdido cuatrocientos millones de libras por no haberse gastado veinte en la minería. Las subvenciones del año pasado no le han quitado un céntimo a nadie. El año próximo, por haber defendido celosamente este año el gobierno el dinero de los contribuyentes, se recargarán las contribuciones y todo el mundo lo sentirá en el bolsillo.

Pero mientras no haya quien lo explique leal y sensatamente, los contribuyentes, aunque les cueste el dinero, no entenderán bien el problema. Según afirman los patronos, la organización actual de la minería británica es la mejor del mundo y muchos hombres sencillos lo creen.

LAS "ROYALTIES"

El mejor método para formar conciencia popular sobre la nacionalización de las minas, como para toda reforma profunda del organismo social, es ir demostrando, y experimentando, su conveniencia con hechos. En la reciente disputa se ha olvidado con frecuencia uno de los puntos más importantes del problema minero: el de las "royalties". Solo los "leaders" de la Federación lo han señalado con un propósito de propaganda. Los patronos y demás comprometidos en la industria se lo han callado, entre otras razones, porque es indefendible, no ya ante las teorías socialistas, sino ante las propias teorías capitalistas.

Las "royalties" son el canon cobrado por los propietarios de las tierras donde están ubicadas las minas. Estos propietarios cobran una buena cantidad de libras al año. Las "royalties" del duque de Northumberland representan al rededor de setenta mil libras anuales y las del Marques de Bute algo así como ciento veinte mil.

El derecho de los propietarios de la tierra proviene de concesiones territoriales hechas, no a ellos, sino a sus antepasados, en algunos ejemplos muy remotos, por el rey. Los actuales propietarios de las tierras solo han tenido el trabajo de heredarlas. Ellos no han hecho nada ni gastado un céntimo en las minas. Cuando se ha descubierto una mina en sus tierras, se ha formado una compañía para explotarla, y esta compañía y los obreros son quienes han hecho todos los gastos, todos los esfuerzos, todos los sacrificios y todo el derroche de abnegación y de inteligencia para crear la industria minera. Los propietarios de las tierras se han limitado y se limitan a cobrar millones de libras por "royalties", y en no pocos casos, en el mismo terreno bajo el cual, a mil pies de profundidad, trabajan los mineros, tienen ellos sus magníficos hoteles y sus campos de caza y de recreo.

Como se ve, este no es un aspecto socialista ni capitalista. Es sencillamente un insoportable rezago feudal. Mientras las compañías y los obreros y todo el país con ellos, sufren los estragos de la crisis, unos cuantos señores, nada más sino por haber heredado tierras, recogen millones de libras.

La reforma de la industria necesita comenzar indispensablemente por la nacionalización de las "royalties". En tanto las "royalties" sigan pagándose a particulares, la industria sufrirá la tara de este profundo defecto económico y de esta terrible injusticia.

C E Ñ O

*Todo estaba perfecto
en este marco:*



*¡Perfecto pero estrecho!
sin una risa ni un llorar.....*

Pasé de largo,

*así: —————
pasé de largo, sin voltear.....!*

*Todo estaba preciso
en este círculo: ○ ¡ah!
Preciso pero inmóvil y sin brillo!*

*Volví mis pasos,
| | | | | | | |
volví mis pasos hacia atrás!*

EDIL. ZULETA DE ALIAGA.

LA PROPOSICIÓN LLOYD GEORGE

Pero la adopción de una medida semejante, entendida como principio de la nacionalización gradual de la industria, solo puede adoptarla un gobierno independiente, sin compromiso ninguno con los intereses en lucha. Un gobierno nacional de veras. El gobierno de ahora, controlado por los más recalcitrantes conservadores, no ha querido ni ha podido emprenderla.

Cuando se planteó el conflicto, era en junio del año pasado, el gobierno, cogido de sorpresa por la amenaza de huelga, acordó subvencionar a la minería a fin de conservar el tipo de salario vigente entonces y nombrar una comisión dictaminadora sobre los medios necesarios para resolver la crisis. Esta comisión, presidida por sir Herbert Samuel, entregó su informe en febrero de este año. Un informe bien meditado y documentado en el cual, entre muchas otras medidas muy atinadas o justas, se proponía la nacionalización de las "royalties".

Ya se conoce cuantos tumbos ha dado el informe hasta la huelga general del uno de mayo donde terminó definitivamente. Patronos y obreros lo aceptaron en parte, hasta donde les convenía, y el gobierno, a pesar de haberlo aceptado íntegra y públicamente, se limitó a presenciar la disputa y a intervenir innumerables veces para reconciliar a los contendientes, aunque ya se veía la imposibilidad de reconciliarlos.

Pero el gobierno no podía hacer otra cosa. Porque es un gobierno de clase doctrinariamente comprometido en la disputa y dominado por los patronos. Si no hubiera sido así, después del fracaso de sus primeras tentativas, cuando se hizo patente la irreductibilidad de patronos y obreros, habría aplicado por ley el informe de la comisión. Este era el camino recto. El país se habría gastado veinte millones de libras en lograr el informe y, ante la obstrucción de patronos y obreros, tenía derecho a servirse de su parlamento para aplicarlo. Más aún cuando el informe es la proposición de arreglo más equitativa y serena conseguida hasta la fecha. Lloyd George ha sostenido constantemente este punto de vista y sigue teniendo razón.

Su falla le está costando al gobierno una serie de derrotas en las elecciones parciales y le costará, tal vez, la derrota definitiva en las próximas elecciones generales. Pero esta es ya otra parte del pleito. La parte política. Aquí solo se ha tratado la parte económica.

Londres

CESAR FALCON

NOTA POLEMICA

No necesito casi declarar mi desacuerdo con la tesis que saca César Falcón de este balance del conflicto minero. Pero debo, de toda suerte, contestar enseguida sus proposiciones. Por muchos títulos, el pensamiento de Falcón tiene tribuna propia en esta revista. No recordare el que nace de nuestra antigua y fraterna amistad. Falcón y yo somos, casi desde las primeras jornadas de nuestra experiencia periodística, combatientes de la misma batalla histórica. Además, su sinceridad absoluta, su fina y sagaz inteligencia, y, sobre todo, su autonomía de todo interés de clan o de casta, le dan derecho a ser oído por los hombres de espíritu renovador, hasta cuando el criticismo, que lo caracteriza un poco como intelectual, lo conduce a las más bizarras y audaces especulaciones teóricas. No he fundado "Amauta" para imponer un programa ni un criterio sino para elaborarlos, con el apurte de todos los hombres dignos de participar en esta empresa. Esta es una revista de debate doctrinal y de definición ideológica que se propone allegar y ordenar los elementos de un ideario más bien q' de un programa. Traigo mis puntos de vista—ya bastante notorios, pues no disimulo ni escamoteo mi posición—pero quiero confrontarlos con los puntos de vista afines o próximos.

El cuadro que Falcón nos ofrece del conflicto minero es un cuadro objetivo. Pero no lo son sus conclusiones. Falcón, después de encontrar insuficientemente demostrada por los obreros la capacidad del Estado para administrar las minas, acaba proclamando la necesidad de nacionalizarlas. La economía de Inglaterra reposa, principalmente, en la industria carbonera.

El Estado no puede abandonar en manos de los particulares su gestión, desde el momento en que resultan incapaces de asegurar su funcionamiento eficiente. Falcón registra este hecho, sin atenuaciones, apreciando cabal y precisamente su trascendencia. Mas no quiere que se hable de nacionalización sino respecto del problema específico de las minas. El error de los obreros está, a su juicio, en su empeño de proponer la nacionalización en el nombre de la doctrina socialista, en vez de sostenerla en nombre del interés concreto y tangible de la economía inglesa.

No mira Falcón a un hecho que le explicaría claramente porqué la idea de la nacionalización aparece natural y espontáneamente en el programa socialista y nó en otro programa. Este hecho es, sencillamente, la imposibilidad nacional o social de que subsista la gestión privada de la industria carbonera. Desde el instante en que la gestión privada,—esto es capitalista—de la industria carbonera, ha empezado a mostrarse impotente para manejarla de acuerdo con el interés colectivo, se ha constatado en Inglaterra nó una crisis específica y exclusiva de las empresas mineras sino una crisis general del sistema capitalista, y de la economía liberal.

La fórmula de la nacionalización no ha sido encontrada por un técnico agnóstico, de esos que Falcón, con una concepción abstracta del Estado, incompatible con el realismo de un hombre que viene de la escuela socialista, quisiera en el gobierno. La preconizan los obreros porque son los únicos que pueden preconizarla. Y los argumentos que emplean para esto son, justamente, los que deben emplear.

Falcón olvida que el Estado demo-liberal es el órgano de la clase capitalista. Su revisionismo lo mueve a precindir de la existencia o la realidad de las clases y más aún de su conflicto. El afán de considerar y examinar, particular y concretamente, el conflicto minero, lo lleva a separarlo y distinguirlo del conflicto entre capitalismo y socialismo. Tanto se ha hablado de "clases" y de "lucha



La procesión de los Milagros por Quíspez Asín

de clases", que Falcón, por reacción contra la jerga marxista, parece eludir sus términos y hasta los hechos que designan. El propio Falcón, sin embargo, reconoce que "el Estado también tiene sus principios y estos principios, ninguno de los cuales le predispone a incautarse de las minas, son el primer obstáculo para la nacionalización" y agrega que: "los técnicos del Estado, y con ellos es indispensable contar, no encuentran todavía entre sus ideas la de de la nacionalización de las minas".

El Estado, pues, no es neutro,—como Falcón necesitaría que fuese para que su tesis se apoyara en la realidad;—el Estado se atiene a sus principios y nó a los hechos; el Estado representa un sistema y una doctrina que no aceptan sino por fuerza un concepto o, mejor, un procedimiento que les sea extraño. Falcón quiere la socialización, de un gobierno capitalista—expresión histórica de una economía liberal y una filosofía individualista cuyo postulado cardinal es la libre concurrencia—más bien que de un gobierno socialista, porque en este último caso le parecería sospechosa de sectarismo y principismo. La especulación teórica lo lleva, sin que se dé cuenta, a "fare i conti senza l'oste", como se dice en italiano. El "oste" es aquí el Estado capitalista.

El problema está, nos dice, en convencer al país de la conveniencia pública de nacionalizar las minas. Bien. Pero en convencer al país de esto, no tienen interés alguno los capitalistas. Los únicos que, por razones de ideal, de interés, etc., se esfuerzan por lograrlo son los laboristas. Solamente con ellos,—o sea con el socialismo,—llegaría al gobierno una fuerza convencida y decidida a actuar la nacionalización. Falcón apela a la opinión, al país. Pero la opinión, el país, se organizan y manifiestan en partidos, vale decir en programas y teorías. Las últimas elecciones dieron la mayoría al partido conservador que, como es evidente, no tiene ninguna intención de socializar las minas porque—Falcón lo confirma—"ninguno de sus principios lo predispone" a este acto.—JOSÉ CARLOS MARIATECUI.